

Patria con la Patria de nuestra peregrinacion. Pero allá los amables habitantes del cielo jamás callan en las alabanzas del Dios trino y único, junámonos y emulemos á los habitantes de Sion!

Oh Rey, oh Cristo, exclamamos ya en voz alta, al sentir que nuestra rodilla se negaba á sostenernos y que se postraba en la tierra, llena este templo de benigna luz! Ven, ven, que tu pueblo te llama, recibe sus votos y llena nuestros corazones con la gracia celestial.

¿Qué aquí los fieles pidan, que aquí reciban lo que piden, hasta que vayan á unirse con sus hermanos que aquí pidieron, que aquí recibieron, y hoy despues de sacudir su cuerpo como una carga que les impedía volar, han ocupado las sillas que les estaban destinadas desde el principio de la eternidad.

Sin saber lo que hacíamos, nos habíamos arrastrado de rodillas, y ya tocábamós el altar sagrado, y reclinado en él la frente, con la dulce confianza de hijos, terminamos nuestro himno entre el incienso de nuestras lágrimas:

Decus Parenti debitum
Sit usquequaque altissimo,
Natoque Patris Unico,
Et inelyto Paraclito,
Cui laus, potestas, gloria,
Aeterna sit per saecula.

¿Qué tiempo pasó despues? Imposible sería determinar lo: la primera revelacion que tuvimos en la conciencia, fueron las estrofas de *Ave Maris Stella* que brotaba de nuestros labios.

Aquel suelo donde los ángeles todavía perciben las huellas de la Madre de Dios; aquella montaña tan feliz, como las montañas de Hebron; aquel recinto más privilegiado que Zaragoza, que Toledo y que Lourdes, tienen un secreto que revelar al corazon amante, y allí brotan sentimientos desconocidos ántes para el corazon, y allí parece que es un nuevo ser el que toma nuestra ternura, y que se dan nuevas alas á nuestro amor, y hasta nos atrevemos á asegurar que se agrega algo nuevo á la naturaleza humana, y que pero ¿por qué empeñarse en decir lo que decirse no se puede? *Ni el*

ojo vió, ni el oído oyó, ni al hombre le es lícito hablar de ello.

Que el que quiera suba en las alas de la fé hasta este quinto cielo; que el que lo desee venga á postrarse sobre las rocas del Tepeyac; que el que anhele fuerza para su fé, vuelos para su esperanza, dulzura para su amor, venga aquí á renovar su juventud como el águila, á recibir las caricias de este ambiente, á tomar para sí la sonrisa de esos cielos que sin duda quedaron tan azules al contacto del manto de María cuando bajaba á recibir á sus hijos los mexicanos en el momento que nacían á la vida.

Porque la Inmaculada recibió á la Iglesia Mexicana, como recibió al niño Jesús: en pañales.

Se diría que vino entre nosotros para mecer nuestra cuna.

No se nos dió la ley entre los truenos del Sinaí, sino entre las rosas del Tepeyac.

Los montes humean cuando los toca el dedo del Señor, pero producen flores cuando los tocan las plantas de María.

Nadie puede ver al Señor sin morir, dice la Escritura ah! nadie puede, decimos nosotros, nadie puede llegarse ante esta Imágen de María y no vivir!

II

Imposible traducir nuestras emociones: imposible recordar nuestras palabras.

Pero hay palabras que no se olvidan nunca! allí con la frente pegada al altar, con el corazon elevado hasta los piés de la Imágen sacrosanta, creímos oír, quedo, muy quedo, en el fondo de nuestra alma, una voz que decía como en otro tiempo: *Hijo mio, á quien amo . . .* No podíamos dudar! aquel acento dulcísimo sonaba á nuestros oídos con más claridad que á los de Santa Francisca la voz del Angel!

Y la voz prosiguió: *A quien amo por pequeñito*

—Oh, sí, Madre, exclamamos atreviéndonos á levantar los ojos, no quitándolos ya de la sonriente Imágen: pequeñito soy y por pequeñito vengo, ¡tu Hijo no mandó recoger para su mesa á los cojos, á los tullidos y á los ciegos? ¿No á título de enfermo me siento á ella? Pues á título de pequeño, de muy débil y de po-

bre es como tengo el derecho de venir á tu casa y á tu mesa, para que me conduzcas á tu celda vinaria y me des de tu leche y tus panales.

¿Qué me amas, Señora? Yo lo sé. ¿Quién sino tú me dió aquella mi madre que me enseñó tu nombre y me hizo saber que tú eras más madre mía que ella misma? ¿Quién sino tú me dió aquella mi segunda madre, favor no concedido á todos los huérfanos? ¿Quién sino tú . . . ? ¿Quién sino tú me tomó como el ángel á Habacuc y me introdujo al Santuario y me hizo subir al altar y puso en mis manos la Víctima sacrosanta, el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo?

¿Quién sino tú me ha traído aquí, quién me arrebató hácia á tí, quién me hace enajenar en tí, quién me ha traído en pos de tus perfumes, quién me rodea de estas flores y manzanas místicas viendo que desfallezco de amor?

¿Qué me amas? Ya lo sé, y sé que en tu Imágen de Guadalupe me amas con doble título, porque yo soy Mexicano.

¡Dígnate, pues, que te alabe, Virgen Sagrada, dame virtud contra tus enemigos! Y salimos, y salimos confortados.

Ligeras nubes velaban el sol; quizá son las mismas que formaron un pabellon sobre la cabeza de la Inmaculada, que van á descansar á nuestros lagos y que periódicamente vuelven á colocarse sobre el Tepeyac.

ARTICULO SEGUNDO.

I.

¡Tus enemigos! ¡Enemigos de María! ¿Pues qué, María Purísima puede tener enemigos?

Esa dulzura tan tierna, esa ternura tan dulce, esa criatura tan madre, podrán ser olvidadas; eso se concibe, pero no hasta el idioma se resiste á decir que pudieran ser odiadas?

¡Haber enemigos de María! y todavía más, ¡haber Mexicanos enemigos de María de Guadalupe!

Si en el cielo van á contar lo, no hay quien lo crea.

¿Y qué sea necesario que en la tierra lo veamos!

Al rededor de María de Guadalupe de-

bían los Mexicanos olvidar odios y partidos. En el seno de la Patria no debe haber más que hermanos, y entre las paredes de este templo no debe haber sino hermanos cariñosos.

Este templo es el compendio de la Patria Mexicana; es el foco de todos los rayos de todos los amores.

¿Veis cómo el Lerma lleva la vida por el centro de la tierra que es nuestra? ¿Veis cómo el Popocatepetl se eleva al cielo para pedirle las aguas con que fecundizar despues el Valle de México? ¿Veis cómo el sol nos nace del Atlántico y haciéndose proceder de la aurora y seguido de la noche va á reclinarse sobre las alas de oro del Pacífico sembrando en su camino los maizales de oro, las piñas de néctar, los verdinegros magueyes y los nopales cuna de la grana; haciendo penetrar su calor hasta cuajar la plata en las montañas de Zacatecas y el oro bajo los fértiles montes de Guanajuato?

Pues este templo es río y es volcan, y es sol sin Ocaso; es agua que calma la sed de las almas, es volcan que enciende los corazones, es sol que hace nacer las virtudes.

México, sin Guadalupe, no sería México.

II.

Aun los liberales, aun los libre-pensadores, deberian amar á la amable imágen de Guadalupe.

Parece que en su cariño ha querido la Madre de los mexicanos que ninguno de ellos pudiera apartarse de su amor.

Los más apasionados enemigos de la conquista, los que más exageren la ferocidad de los soldados de Cortés y de Nuño de Guzman, se verán obligados á ver en la Virgen India, el único consuelo, el refugio único de los desgraciados pueblos de Cuitlahuac y Cuauhtimoc.

La protectora de los aztecas merece más amor, mientras más enemigo se sea de la conquista española.

¿Y habrá mexicanos enemigos de la Independencia? Pero esos ya no son mexicanos y no hablamos con ellos.

¿Pues cuál fué la idea á cuyo calor brotó en la mente de Hidalgo el pensamiento de la emancipacion?

¿Cuál el lábaro sagrado que empuñaron

los Padres de la Patria para levantarlo frente á frente del poder colosal de los leones y de los castillos secularmente vencedores?

Ah, mexicanos que no teneis la fé de Cristo, que no quereis ser hijos de la Madre de Dios, ¡corred á coronar la bandera de Hidalgo y de Allende! Se trata de glorificar el primer pabellon Nacional Mexicano.

No os fijéis en las ideas religiosas ¿qué va á ser exaltado, qué va á ser coronado por la mano del Pontífice Romano? ¡Y bien! Esa es la mano que coronó á Dante, es la mano que coronó al Petrarca, es la mano secular del Cristianismo que al fin y al cabo es la civilizacion, que viene á consagrar la bandera de nuestra independencia.

Un grito unanime de júbilo debiera haber acogido al grandioso pensamiento de coronar á la *Virgen de Guadalupe*, un grito unánime desde el mar del Oriente al del Ocaso, desde las fronteras que por el Sur separan á México de tierra que fué suya, hasta las márgenes del Bravo que hacen extranjeros territorios que fueron mexicanos.

La corona no es otra cosa que un emblema de gloria.

Y la gloria de la *Virgen Mexicana* es necesariamente gloria para México.

Los incrédulos, los herejes, los ateos, si son mexicanos, si son patriotas, deben amar cuanto redunde en honor de la Nacion nuestra.

No veais al Pontífice sino con su grandeza puramente humana: es el Jefe de millones de hombres; es el único que sin soberanía de hecho recibe embajadores de todos los pueblos de la tierra; es el mediador de paz entre los Imperios.

¡Pues él quiere honrar á la *Virgen Mexicana*!

¿No poneis coronas sobre las tumbas y sobre los bustos de nuestros héroes?

¡Pues dejad al representante de 300 millones que coloque una corona sobre una gloria que es exclusivamente nuestra!

¿Cómo un mexicano no desear lo que tanto honra á México?

III. Mil veces nos hemos preguntado: ¿Por qué hay algunos que se oponen á la Co-

ronacion de la Virgen de Guadalupe? No hemos hallado la respuesta.

Lo que es más; hemos hecho esa misma pregunta á prominentes liberales, y tampoco han podido dar respuesta satisfactoria:

Es un acto del culto católico, en el interior de un templo católico.

La independencia entre la Iglesia y el Estado, la tolerancia de cultos, la Constitucion de 57, no solamente no se oponen á la ceremonia, sino que la favorecen con textos expresos.

Hé aquí que la Constitucion y las leyes de Reforma, estrictamente aplicadas, favorecen la ceremonia de la Coronacion.

¿Acaso la Coronacion encierra algun pensamiento político?

Eso no es ni posible. Tanta relacion tiene esa ceremonia con la política, como la Misa que se dice todos los dias, ó la Bendicion Papal que en nombre del Soberano Pontífice dan los Ilmos. Obispos algunas veces al año.

¿Se podrá decir de buena fé que la Coronacion sea una cuestion de partido?

De ninguna manera. A pesar de que los enemigos se han propuesto hacerlo así, no lo han podido conseguir.

Han agotado cuantos medios han estado á su alcance; pero como á nadie le es posible alterar la esencia de las cosas, han fracasado sus esfuerzos.

Poco á poco ha comenzado á entrar la conviccion aún en los más recalcitrantes, y es de esperarse que todos acabarán por convencerse.

Parece que es providencial la dilacion en terminar las obras emprendidas en la Colegiata y que obligan á retardar la ceremonia. Entre tanto se restablecerá la calma y se verán las cosas bajo su verdadero punto de vista.

IV. Por desgracia tenemos la conviccion de que siempre habrá algunos que sean enemigos de la Coronacion, aunque es de esperarse que sean pocos.

¿En qué se funda esta opinion? En que todo lo que contribuye á la gloria de la Santísima Virgen, ha de encontrar opositores porque escrito está: *Inimicitias ponam inter te et mulierem, et inter semen tuum et semen illius.*

DE
DOCUMENTOS ECLESIASTICOS.

ANT. IMP. DE N. PARGA.

RESP., TOMAS GONZALEZ.

TOM. V.

GUADALAJARA, ENERO 8 DE 1888.

NUM. 49.

SECCION I.

ALOCUCION

PRONUNCIADA POR N. S. PADRE

LEON XIII,

Papa por la gracia de Dios,

EN EL CONSISTORIO

DE 25 DE NOVIEMBRE DE 1887.

“Venerables Hermanos:

Al aproximarse el aniversario del dia en que hace cincuenta años que, despues de haber recibido las órdenes sacerdotales, Nos celebramos por primera vez en el altar el santo sacrificio, debemos dar y damos, como es justo, las más vivas acciones de gracias al Dios inmortal por habernos conservado sano y salvo hasta esta edad. Al mismo tiempo no podemos ménos que dejar á nuestro espíritu recorrer mentalmente, lleno de dicha y reconocimiento, todo el mundo cristiano que en esta ocasion se estremece con inicitado gozo. Tampoco trataremos de ocultar lo que salta á la vista de todos, y cuya gloria no á Nos, sino á otros corresponde. Ya veis, en efecto Venerables Hermanos, cuán viva es la manifestacion de la alegría pública, cuán estrecha la union de los corazones, cuán variados y exquisitos los testimonios de la más ardiente piedad. Todas las clases sociales de los diferentes

puntos de la tierra rivalizan, privada y públicamente, en su celo por colmarnos de toda especie de homenajes: por medio de diputaciones, de cartas, de peregrinaciones venidas de los más lejanos países, y por el envío de un inmenso número de presentes cuya riqueza y trabajo artístico puede creerse con certeza que son sobrepajados por los buenos deseos de las almas. Vése resplandecer en esto admirablemente la bondad y poder de Dios, que en medio de las grandes pruebas sufridas por la Iglesia, sostiene y anima sus fuerzas; que concede sus consuelos á los que combaten por su nombre; que, en una palabra, en los altos designios de su Providencia, saca de los mismos males abundante cosecha de bienes. Vése brillar igualmente la gloria de la Iglesia que ostenta la virtud divina de su origen y vitalidad, el divino espíritu que la rige y anima y gracias al cual, las ideas y sentimientos de los fieles están unidos entre si y con el Pastor supremo de la Iglesia por un mismo y solo lazo. Nos manifestamos en vuestra presencia, Venerables Hermanos, para gloria de Dios y de la Iglesia, los sentimientos de gozo que experimentamos al ver todas estas cosas, y confesamos en voz alta que nuestro corazón se halla profundamente conmovido por tantos y tan grandes testimonios del amor del pueblo cristiano hácia Nos, y que nada podrá hacer que los echemos en olvido.

Conmuévense tambien, aunque por muy diferente motivo, los hombres hostiles á